

ORIGINALES

JOHN HUNTER, ANTONIO GIMBERNAT Y PEDRO VIRGILI TRES GRANDES MAESTROS DEL PERIODO DE LA ILUSTRACION (1740 - 1800)*

Dr. J. LLUCH CARALPS

KANT, en su famoso ensayo publicado en 1784, define la Ilustración diciendo que es la salida del hombre de su culposa minoridad, siendo minoridad la incapacidad de valerse de su propio entendimiento sin la tutela de otro. Y es culposa minoridad cuando su causa no radica en la carencia de entendimiento, sino de resolución y de ánimo para servirse del propio sin la dirección de otro. En este período comienza a constituirse (Lain Entralgo, *Historia de la Medicina moderna y contemporánea*) la ciencia de los seres vivientes; va adquiriendo importancia la Embriología epigenética, como también la idea de la variabilidad evolutiva de les especies naturales; adquiere entidad el estudio comparado de la Anatomía; se generaliza el método experimental de la investigación fisiológica.

JOHN HUNTER (1728-93)

John Hunter llegó a Londres como mozalbete escocés, inculto. Su

hermano, el distinguido Williams, le hizo aficionar a la Anatomía, descubriéndose a sí mismo, y al poco tiempo explica la disciplina por su propia cuenta, siguiendo la Cirugía con Cheselden y Pott. Trató de fundar la Cirugía sobre los resultados de la investigación biológica y de la patología experimental. Los puntos principales de la innovación de Hunter fueron dando a su enseñanza una idea general de la práctica quirúrgica y de los principios fisiopatológicos y terapéuticos aplicables a toda enfermedad; fue el iniciador de la Patología quirúrgica general; estudia las causas y el mecanismo de la enfermedad para poder realizar un tratamiento eficaz; mostró que al cirujano no le basta saber Anatomía, sino que también le es preciso saber Fisiología. Inculcó la idea de que la Cirugía manifiesta siempre un previo fracaso de la Medicina. Su más grande innovación quirúrgica fue la de establecer el principio de que los aneurismas son debidos a una enfermedad arterial y

* Comunicación presentada como Académico Corresponsal en la sesión del 7-IV-64.

que pueden ser tratados por simple ligadura por encima de los tejidos sanos, exponiendo profundos razonamientos en apoyo de su método. En efecto, Hunter pudo comprobar tres hechos biológicos: que la dilatación gradual del aneurisma es debida al continuo choque de la sangre contra la pared del saco; que la aparente solidez del saco se debe a la sangre coagulada, la cual es readsorbida en cuanto se impide la llegada de sangre fresca a la cavidad aneurismal, y, en fin, que la ligadura de la arteria de un miembro es fisiológicamente compensada por el inmediato desarrollo de la circulación colateral.

Además, describió el shock, la flebitis; la puemia; estudió las heridas por arma de fuego, la anatomía del nervio olfatorio y del útero grávido, la fisiología de la circulación placentaria, el cese de la digestión durante el sueño invernal, la alimentación artificial por sonda y las anomalías y malformaciones embriológicas.

Como biólogo, Hunter describió unas 500 especies diferentes de animales. Quedará siempre como uno de los más grandes biólogos, en conjunto, como Haller y como Johannes Müller, y con Paré y Lister como uno de los tres grandes cirujanos de la historia.

Fueron discípulos suyos Jenner, Astley, Cooper, Abernethy, Parkinson, Blizard, Gimbernat, Alan-son, Wri-gh-t Post, Physick, Home, discípulos en aquel concepto que tan admirablemente nos exponía el

profesor Pedro Pons (discurso inaugural del año académico 1960-61): *Devotos del Maestro, que eran captados por él, que le seguían y quedaban integrados en el seno de su Escuela, recibiendo en todo momento enseñanzas y la influencia personal y directa del Maestro.*

La gran obra de Hunter se continúa en sus discípulos, que, a su vez, fueron grandes maestros. Hagamos algún comentario someramente.

Jenner, hijo de un pastor de Gloucestershire, que fue en 1770 amigo y discípulo de John Hunter, le prestaba eficaz ayuda en sus experimentos, y cuando concibió la idea de la profilaxis de la enfermedad de la viruela, lo primero que hizo fue comunicar su proyecto a Hunter, y éste le hizo su característica advertencia: *No lo pienses más, ensaya, ten paciencia y ten exactitud*, y en 14 de mayo de 1796 realizó la primera vacunación en un muchacho de la región, James Phipps, usando linfa del brazo de la lechera Sarah Nelmes, que había adquirido el *cow-pox* del modo usual. Jenner, de gran bondad de corazón y una delicadeza exquisita —se comprueba con las atenciones que tuvo con su primer vacunado, al que regaló una pequeña casa—, quiso sumar a ésta otra delicadeza más plantando de su propia mano en ella unos hermosos rosales. Este era Jenner.

Sir Astley Paston Cooper, de Norfolk, discípulo predilecto de Hunter, fue el cirujano más popu-

lar de Londres durante el primer cuarto del siglo XIX. Fue algo parecido a Hunter en sus travesuras juveniles; demostrador de Anatomía en el Hospital de Sto. Tomás en 1800. Fue uno de los artistas de la cirugía vascular.

Infatigable en su trabajo, se levantaba a las seis, disecaba hasta las ocho, desayunaba parcamente, visitaba enfermos pobres hasta las nueve, dedicándose después a la consulta privada, y su trabajo terminaba a medianoche. Como operador, era sencillo, elegante y rápido, pero no apresurado, perfecto y artista.

Pocos hombres han realizado tan completamente la honrada divisa «*Lo recibimos todo cuando lo entregamos todo*».

Parkinson (1755-1824), de Londres, es actualmente recordado por su única y clásica descripción de la parálisis agitante o «enfermedad de Parkinson». Fue el que primero describió la apendicitis en Inglaterra (1812), reconociendo también la primera perforación como causa de muerte. Era un hombre inquieto, un agitador político en lucha con los Gobiernos.

John Abernethy se constituyó en una especie de campeón de las teorías y enseñanzas de Hunter, que él dramatizaba en la Cátedra con su poética imaginación, y cuyo vigoroso estilo de expresión impresionaba a sus discípulos.

Fue, por lo tanto, Hunter, Maestro de grandes Maestros.

ANTONIO GIMBERNAT

Nació en Cambrils el 15 de febrero de 1734. Estudió Humanidades latinas en Riudoms y Filosofía en la Universidad de Cervera. De esta universidad salieron también hombres ilustres, como Monturiol, Próspero de Bofarull y Felipe Torres Amat; grandes filósofos, como Jaime Balmes y Milá y Fontanals.

Gimbernát estudió en Cervera en 1749, pero en lugar de seguir en aquella universidad para cursar Medicina, eligió Cadiz, a donde se trasladó en 1756 para matricularse en el Colegio de Cirugía, donde ésta se explicaba de acuerdo con los adelantos y normas de las escuelas de Europa, mientras en Cervera los estudios anatómicos y de Cirugía eran pocos o casi nulos. Para Cervera no rezaba la inscripción de su segundo frontis: *Sapientia aedificavit sibi domum*, en lo que a la carrera de Medicina se refería.

Como hace notar el Prof. Pedro Pons, la enseñanza de la Medicina topaba en Cervera con dificultades derivadas de su situación en medio de la Segarra y a gran distancia de los centros urbanos.

En el Colegio de Cádiz, Gimbernát destacó como alumno brillante, y todavía no era médico cuando, en ausencia del Prof. Roland Virgili, en funciones de director del Colegio, éste le encargó de las prácticas de Anatomía de aquella Facultad.

En 1763 es nombrado profesor de Anatomía del Colegio de Cirugía de Barcelona. En 1774, a los

cuarenta años de edad y doce de profesorado, comenzó sus viajes por el extranjero pensionado por el Gobierno.

En Londres asiste a las intervenciones que realizaban los cirujanos Young, Sharp, Crane, Pott, Smith, Els, Lucas y Hunter.

Asistió Gimbernat a las lecciones de Hunter, y cuando el Maestro explicaba la lección 80 de su programa, habló de las hernias verdaderas, y, al ocuparse de la operación de la crural, dijo: «Para lograr la reducción se debe cortar el ligamento de Poupart, advirtiendo que si esta dilatación se hacía oblicuamente hacia afuera, se cortaba la arteria epigástrica; si se hacía hacia adentro, el cordón espermático, y, por consiguiente, el único medio para evitar estos peligros era cortar hacia adelante, con la mira de cortar muy poco, porque también peligraba el cordón espermático». Concluida la lección sobre la que acababa de hacer estas reflexiones el afamado Maestro y estimando Gimbernat ventajoso el procedimiento de su propia invención que había aplicado dos veces con éxito en Barcelona, se dirigió a Hunter y, con su venia, le expuso el resultado de sus trabajos, preparaciones y método operatorio, valiéndose de la misma pieza seca y bien disecada que había servido para la lección. «Fue grande mi satisfacción —dice Gimbernat— al ver que, concluida mi demostración, respondió el propio Hunter: *You are right Sir*, añadiendo: Yo

lo haré público en mis lecciones y así lo practicaré cuando tenga ocasión de operar en el vivo.»

Contrasta la modestia del verdadero sabio con la nobleza del carácter inglés, la ingenua sencillez de nuestro Gimbernat de que da elocuente prueba hasta en el modo de referir el triunfo más notable de su fama quirúrgica, con el carácter sincero y amigo de la verdad del gran Hunter, que ni duda ni se retrae de confesar públicamente, hasta delante de sus discípulos, que aquel método sería el que, desde entonces, utilizaría siempre que tuviese que practicar la quelotomía en la hernia crural.

Y aquella célebre lección y fecha, 25 de abril de 1777, fue para Gimbernat su «momento estelar». La nobleza de Hunter confería a Gimbernat la fama de gran Maestro, porque, no lo olvidemos, Hunter era no sólo el mejor cirujano de Londres, sino el gran prestigio de Europa.

En su publicación sobre el nuevo método para operar la hernia crural, describe de un modo preciso y detallado el arco crural con la doblez o pliegue de su extremidad interna y su atadura a la cresta del pubis, que es lo que hoy conocemos con el nombre de ligamento de Gimbernat. También expone claramente los vasos epigástricos, el cordón espermático, el anillo que nuestras anatomías contemporáneas describen como región del anillo crural y que, en estricta jus-

ticia, debiéramos llamar *región de Gimbernat*.

El ganglio singular, que los franceses llaman de Clocquet y los alemanes de Rosenmüller, fue demostrado por Gimbernat en sus lecciones de 1768 y expuesto públicamente por Hunter en 1775. Clocquet nació en 1787, es decir, diecinueve años después de haber demostrado Gimbernat este ganglio a sus discípulos. Lo propio decimos de Rosenmüller, nacido en 1771.

En el período de la ilustración se nota una consciente elaboración de la Anatomía topográfica y quirúrgica. No solamente Gimbernat describe la región de su nombre, sino que aparecen, además, una serie de estudios anatomotopográficos: triángulo de Petit, hiato de Winslow, triángulo de Scarpa, línea de Monró, conducto de Hunter.

El espíritu racional y utilitario de la época se hace patente en esta clara tendencia a racionalizar la Cirugía y utilizar la Anatomía mediante el logro de una intervención quirúrgica «anatómicamente reglada».

Y así vemos que la Cirugía de la Ilustración se halla presidida por un hecho de índole social: el triunfo del cirujano.

Y el siglo XVIII es de gran progreso para la cirugía de las hernias, con John Hunter, Gimbernat y Scarpa. El tratamiento quirúrgico de los aneurismas constituye con Hunter uno de los capítulos más estudiados de la Ilustración. El conocimiento anatómico y el

mejoramiento de la técnica hicieron ampliar el dominio de la amputación, descendiendo considerablemente la mortalidad de la intervención, entrándose también en el dominio de la cirugía de las desarticulaciones (Le Dran), que mejoran luego con Monrand, La Faye y Desault.

Se sistematiza la operación de la litotomía con Cheselden, y podríamos hacer las mismas consideraciones en fracturas y las especialidades quirúrgicas de Oftalmología y Obstetricia (cesárea, fórceps y sinfisiotomía).

Gimbernat expone en sus cuadernos de Anatomía el estudio de sus reflexiones en 32 cadáveres disecados y, además, lo que extractó en las lecciones de Hunter, Sanders, Scharp y otros profesores extranjeros, pero donde pone un especial empeño es en el estudio topográfico de la región inguino-crural, porque tiene un problema quirúrgico que resolver (el tratamiento de la hernia crural), que resuelve operando con éxito dos casos en Barcelona y exponiendo su procedimiento en la célebre lección a que antes hemos hecho referencia.

También Leonardo da Vinci tiene que resolver un problema de superficie que considera como expresión de la totalidad que ella envuelve y en ella se hace visible, y con esta concepción no disecciona el interior del cuerpo humano para copiar su contenido «científicamente», su estructura, sino para representar

la superficie en función de todo lo que tras ella hay. Leonardo pensaba en algo muy diferente del conocimiento intuitivo de los escultores griegos, y llegó a ser, con Vesalio, uno de los más grandes anatómicos del Renacimiento.

PEDRO VIRGILI (1699-1776)

Hijo de unos honrados y humildísimos labradores catalanes, se consagró en su infancia a las labores del campo hasta los catorce años, a cuya edad, estimulado por el deseo de aprender, marchó al Hospital de Tarragona, en el cual aprendió a sangrar y como ayudante de sangrador permaneció hasta los dieciséis años. A pie y sin recursos, se trasladó a Montpellier, donde fue discípulo de Leuret, y luego a París, por los años en que Mareschal, La Peyronie y Petit fundaban la Academia de Cirugía. A su vuelta a España ingresó en el servicio médico de la Armada, hizo la campaña de Gibraltar y asistió a la toma de Orán.

La obra iniciada por Juan Lambarca en el Hospital de la Marina de Cádiz y las enseñanzas adquiridas en la Academia de Cirugía de París, le sugirieron la idea de fundar un colegio para la formación técnica de los cirujanos de la Armada española. El proyecto fue aceptado con entusiasmo por el marqués de la Ensenada.

El doctor Luis Comenge, en su *Bosquejo histórico de la Medicina en Cataluña*, dice lo siguiente: «En

la representación que el ministro de Fernando VI, marqués de la Ensenada, elevó al rey para inclinar su ánimo a la instalación de los Colegios de Cirugía, dijo entre otras cosas: "Hasta aquí se ha propuesto lo conveniente a hospitales de un ejército en cuarteles, pero falta establecer el modo de que los haya en campaña y el de crear cirujanos hábiles de que hay escasez en España. Uno y otro, que son inseparables, se conseguirán teniendo dos academias semejantes a las de París y Montpellier, cuyas reglas son tan contundentes al fin como la experiencia acredita, porque es necesario confesar que los más expertos cirujanos de Europa son los franceses..."».

El día 11 de noviembre de 1748 dio principio a sus tareas el Colegio Médico Quirúrgico de Cádiz, debido principalmente a las gestiones del catalán Virgili, su director y organizador. Comenta el profesor Manuel Usandizaga en la *Historia del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid (1787-1828)*: «Qué de extraordinaria trascendencia para el porvenir de la Medicina en España fue la creación del Real Colegio de Cirugía de Cádiz, que determinó una completa renovación de la enseñanza y de la práctica de la Cirugía en nuestra Patria», y añade: «Lo más admirable de la obra de Virgili es que inaugura su magnífico Colegio de Cádiz (1750) cuando en el extranjero todavía está comenzando el auge de la Cirugía».

El éxito del Colegio de Cádiz, cuyos primeros profesores elegidos con gran tino no sólo acreditaron sus enseñanzas, dando cirujanos a la nación, sino que, además, formaron un vivero de sabios, dio ocasión al propio Virgili para fundar otro Colegio en Barcelona, ya en pleno reinado de Carlos III. Estableció Virgili el Colegio barcelonés en lo que era antes Facultad de Medicina, en terrenos del antiguo Hospital de la Santa Cruz.

Destinábase a los profesores que salían de Cádiz a los servicios de la Armada y pueblos de Ultramar, y los de Barcelona al Ejército y pueblos del Principado. Tan lisonjeros resultados produjo esta segunda fundación que, a propuesta del duque de Losada y representa-

ción de Gimbernat y Ribas, instaló S. M. un Colegio de Cirugía en la Corte y otros, más tarde, en la Península y Ultramar.

La famosa colección anatómica y de Ciencias Naturales de Hunter, a la que él había dedicado toda su vida, fue destruida durante la Gran Guerra, perdiéndose para siempre un Museo con más de 13.000 ejemplares que había formado.

Los restos mortales de Virgili y Gimbernat fueron tratados con la mayor indiferencia, ignorándose su paradero.

Yo he querido sumarme modestamente con un comentario más, para recordar a tan grandes maestros.

Discusión. — El Dr. A. Cardoner Planas ensalza el trabajo documentadísimo que ha presentado el comunicante.

El profesor A. Pedro Pons alaba la magnífica disertación que sobre Historia de la Medicina antigua (la que comprende desde Galeno a principios del siglo XIX), más bien ignorada, no obstante haber facilitado la brillantez peculiar de la centuria pasada, ha elaborado el autor. La época, los hechos y las enfermedades, en su triple conexión, han sido objeto de un buen estudio. Virgili y Gimbernat, los dos nacidos en el campo de Tarragona, representan un auténtico genio espontáneo. Por lo que incita al anatómico Dr. Lluch a que no deje de ser historiador, faceta de su personalidad menos reconocida, entre colegas, que la otra.
